



Las sectas gnósticas y el concilio de Nicea

Hay que abrir aquí un paréntesis para explicar la defensa de los cristianos mediante apologías en tiempo de las persecuciones y la resistencia a tolerar las herejías filosóficas llamadas gnósticas: *gnosis* quiere decir en griego “conocimiento”. Las gnosis, muchas y muy variadas, tenían como origen la dificultad de aceptar que Jesús era Dios como el Padre, y ello mucho antes de que Arrioprecisara esta dificultad, situación que tuvo

que resolverse con el concilio de Nicea. Los herejes gnósticos empezaban sus sistemas teológicos declarando que el Dios creador, o sea el Padre, tenía que ser de tal grandeza, pureza y bondad, que no podía haber producido el universo imperfecto y a menudo malo. A este Dios supremo primero, incomprensible, no podía atribuirse la ley mosaica. En consecuencia, el Antiguo Testamento era creación humana... La ley, la

Vista interior de la capilla griega en las catacumbas de Priscila, Roma. El vehemente carácter absolutista de Diocleciano puso en marcha una grandiosa persecución contra los cristianos, la más sangrienta de todas, exigiéndoles la adoración al emperador. Pero no tardó en darse cuenta de que las ideas bien arraigadas no pueden combatirse con sangre.

Anverso y reverso de una medalla del emperador Diocleciano, el cual dio un giro importante a la marcha del Imperio intensificando la labor defensiva de las fronteras (Gabinete de Medallas, París).



naturaleza y el hombre son producto de espíritus intermedios. Dios está alejado del universo: es infinito, incomparable a todo lo creado, careciendo de toda imperfección y de toda calificación. Hasta aquí esto es un concepto filosófico, pero los gnósticos trataron de explicar el mundo real y al hombre con Jesucristo como creador, es decir, con Jesús como Dios agente y activo. Al dios infinito, universal y eterno le llamaron Dios puro, y al dios creador, o sea Jesús, Dios justo.

Entre ambos había una serie de elementos divinos, casi siempre por pares, que engendraban al inmediato, ya más próximo a la realidad. Les daban nombres semíticos o egipcios. Las sectas gnósticas habían producido cierto número de profetas en los países del Oriente y muy pocos en Egipto. El primero o más conocido de los profetas gnósticos es el llamado Simón Mago, del que se forjó la leyenda de un viaje a Roma para obtener de San Pedro la facultad de resucitar a los muertos.

La ida de Simón a Roma ha sido descartada recientemente, pero de que Simón practicó la magia en gran escala en Samaria no cabe duda, porque San Justino y San Ireneo pudieron comprobarlo.

Simón iba acompañado de una mujer llamada Elena y explicaba que hay un poder supremo que creó los ángeles, los cuales

El año 286, el emperador Diocleciano decidió aligerarse del gobierno del Imperio nombrando a Maximiano corregente de la parte occidental del Imperio y encargado de su administración y defensa. Ambos augustos aparecen representados en este pilar de la Biblioteca Vaticana, Roma.

a su vez crearon el mundo. El matrimonio y la procreación eran considerados pecaminosos. Simón recomendaba también el comer sólo vegetales. Estos consejos o mandamientos se encuentran en casi todas las subsiguientes sectas gnósticas, que, según San Ireneo, aparecieron como setas en el bosque, tal era su abundancia. Simón pretendía hacer milagros y de él procede la palabra *simonía*, empleada todavía para calificar la corrupción de los eclesiásticos.

Aunque determinados consejos o mandamientos son comunes a todas las predicaciones de los profetas gnósticos, algunos daban a su doctrina caracteres especiales, como el acentuar la creencia en la segunda venida de Jesús. Tres de los fundadores de Iglesias gnósticas aseguraron que habían recibido la revelación de que Jesús iba a aparecer pronto en las nubes y cuidar de los creyentes por espacio de mil años. Tan seguros estaban de esta venida, que abandonaron los hogares y marchaban en masa hacia el Oriente. Uno de ellos podía determinar el lugar, un valle estéril junto al Éufrates, y allí se consumieron los devotos esperando años. Aunque algo de la gnosis llegó a Roma, el mal se fue diluyendo y poco se percibe de su influencia en el dogma católico romano.

Simultáneamente, la Iglesia romana fue precisando el canon o serie de libros sagrados que constituyeron el Nuevo Testamento. A finales del primer siglo de la era, los cuatro evangelios canónicos ya estaban reconocidos como libros santos e inspirados por Dios. El relato de la vida de Jesús y el recuerdo de sus palabras se había conservado en textos cortos llamados *Logia* o sentencias. De ellos se aprovecharon Mateo, Marcos y Lucas. Sus tres evangelios tienen tanto parecido entre sí, que se han llamado sinópticos. El cuarto evangelio, atribuido al apóstol San Juan, es mucho más destacado y tiene infiltraciones de gnosticismo. A Jesús se le califica de Logos o Palabra divina y hay paralelismos que se corresponden con el estilo de los profetas gnósticos: emplea las antinomias Luz-Tinieblas, Verdad-Mentira y Ángel de la Luz-Ángel de la Oscuridad...

En todo caso, el evangelio de San Juan aparece ya incluido en la lista llamada *Canon de Muratori*, por ser Muratori quien lo descubrió en un palimpsesto de Ravena del siglo I. También contiene la mayoría de los otros libros del Nuevo Testamento, y casi en su orden actual definitivo. Además, la Iglesia romana utilizaba un texto llamado *Didaché*, que significa doctrina, en el cual se propone una moral y se regula el rito de los sacramentos. El manuscrito más antiguo de la *Didaché* fue descubierto en Constantino-

pla hace más de ochenta años, pero hay referencias romanas a la *Didaché* del siglo II. Hay que mencionar también un libro rústico, algo novelesco, escrito por un miembro de la Iglesia de Roma. Era un campesino llamado Hermas, hermano del papa San Lino. El Señor le comunicó a Hermas muchos consejos morales, que repite intercambiando parábolas edificantes. El libro de Hermas, llamado *El Pastor*, se leía en las reuniones de los fieles después de la cena común los sábados por la noche.

Al comenzar el siglo II, la Iglesia católica romana, ya bien establecida, tenía el prestigio que le daban los martirios de San Pedro y San Pablo, que la fundaron. Era reconocida por las demás comunidades cristianas, desde el Éufrates hasta la Galia, como cabeza de todas las Iglesias cristianas. Por su vecindad con la administración imperial se creía con derecho y deber de contraatacar en tiempo de persecución. Esto dio origen a una serie de alegatos o apologías en favor de la religión cristiana para convencer a los emperadores de la injusticia de las acusaciones contra los creyentes. Era una literatura casi de propaganda y producida por personas de educación filosófica que veían con disgusto la persecución por el solo he-

Estatua de Diocleciano en el jardín de la villa Doria Pamphili, en Roma. Al afrontar el problema de la reorganización del Imperio, Diocleciano optó por la descentralización, sin lograr con ello, más que momentáneamente, evitar la ruina del estado.



Los césares Constancio y Galerio, agregados al trono por Maximiano y Diocleciano, respectivamente (Biblioteca Vaticana). Según el sistema de sucesión ideado por Diocleciano, a los veinte años tenían que retirarse los emperadores y dejar el sitio a los césares, que, a su vez, elegirían nuevos ayudantes. Así se aseguraba una sucesión oportuna no hereditaria.



cho de llamarse cristianos. La primera apología para convencer al emperador filósofo Marco Aurelio no parece haber producido mucho efecto. Su autor, Celso, era un erudito pagano que distingue las sectas gnósticas de la *Gran Iglesia*. Su tratado, llamado

Discurso verdadero, aconseja a los cristianos que abandonen su separación y se asocien a la religión del estado. Celso temía que sin la unión se debilitaría la fuerza de Roma.

Otras apologías fueron redactadas para convencer al emperador Antonino Pío. La

de Aristides compara las religiones de los bárbaros, los judíos, los griegos y los cristianos y ensalza las virtudes de estos últimos. Justino era otro filósofo que vivía y vestía como tal. Iba con una capa corta de ciudad en ciudad, predicando sus principios filosóficos. Primero explicaba un puro platonismo, pero cuando contempló escenas de

martirio y se dio cuenta de la sinceridad de los mártires, se convirtió al cristianismo y escribió su apología. Los retóricos paganos se enfurecieron contra aquel intruso en el campo de la filosofía y consiguieron su condena como enemigo del estado. San Justino murió mártir en Roma.

A mediados del siglo III, la caída del Im-

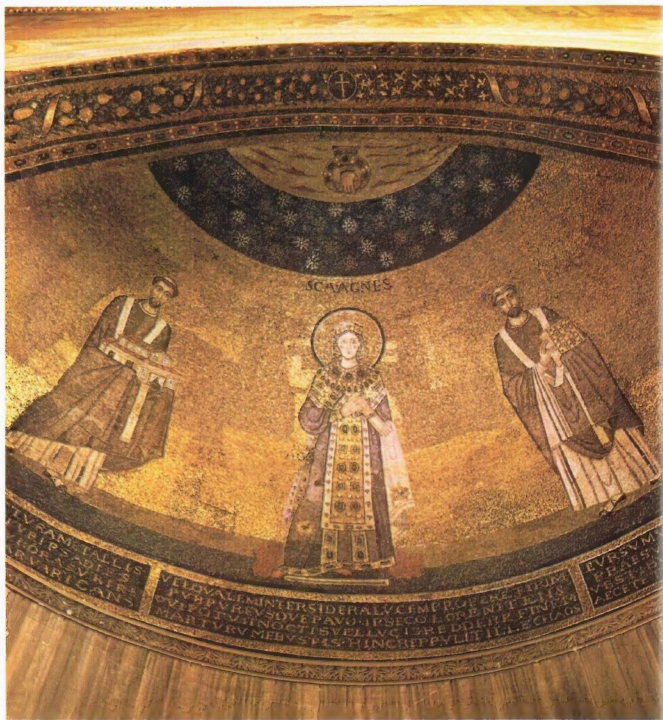
La Porta Nigra, entrada fortificada de la ciudad de Tréveris, construida en tiempos de Aureliano. Tréveris fue la capital de la Galia belga y un importante puesto estratégico por su proximidad a la frontera germana. Constantino Cloro fijó en ella su residencia, desde donde dirigió las operaciones de recuperación de aquellas tierras a los germanos.





perio romano parecía inminente. Algunas tribus francas habían invadido la Galia y España. Los godos arrasaron la Dacia (hoy Rumania) y llegaron hasta Éfeso. Armenia se había perdido, y por el Este los persas vadearon el Éufrates. El emperador Valeriano, que acudió con presteza a detenerlos, fue vencido y, hecho prisionero, sirvió de escalón mientras vivió, según la leyenda, al rey Sapor cuando éste se sentaba en el trono.

Sin embargo, Claudio y Aureliano, dos emperadores aclamados por las legiones, rechazaron a los bárbaros y hasta restablecieron las fronteras por el Oriente. Los muros de Aureliano, que dan la vuelta entera a la ciudad, todavía causan asombro al que visita Roma; parece imposible que,



Mosaico del ábside de la iglesia de Santa Inés, en Roma, que representa a dicha mártir, decapitada en 304 en la persecución de Diocleciano, entre los papas Simaco y Onofre.

LA HELENIZACIÓN DEL CRISTIANISMO: CLEMENTE DE ALEJANDRIA

TENDENCIAS SINCRETICAS DEL HELENISMO ALEJANDRINO.

En Alejandría, la helenización de la antigua religión egipcia es completa: Horus es identificado con Apolo, Amón con Zeus, Ptah con Hefestos, Toth con Hermes, Osiris con Dionisos.

Antes de la aparición de Cristo, los judíos alejandrinos, especialmente Filón, han consumado ya una alianza entre el Antiguo Testamento y la cultura griega.

VALOR ALEGORICO DE LOS ANTIGUOS TEXTOS RELIGIOSOS.

El helenismo elabora una exégesis de Homero y de Hesíodo, de valor simbólico. En las historias de los dioses se descubren las fuerzas de la naturaleza, las potencias del alma o los misterios de la metafísica.

Filón de Alejandría aplica a los textos del Pentateuco el mismo método que los exégetas de Homero y Hesíodo, y ello para disipar el escándalo de una legislación caduca o relatos escabrosos e ingenuos.

CULTURA PROFANA Y CULTURA RELIGIOSA.

El plan de Filón consiste en poner la cultura profana al servicio de la Biblia, sosteniendo el principio de la necesidad de la cultura profana como preparación para el conocimiento de las Escrituras.

CRISTIANISMO.

El medio alejandrino sería favorable al proselitismo cristiano. Alejandría será la escuela donde el cristianismo, nacido en un medio semítico, acabará su edificación griega.

Hasta Clemente de Alejandría, la exégesis cristiana es una prolongación de la del judaísmo palestino; busca correspondencias entre el Antiguo Testamento y la Nueva Alianza: Justino, Ireneo, Melitón; más tarde, Hipólito y Tertuliano.

La primera característica de la corriente alejandrina es la alianza del Evangelio con la cultura griega.

Clemente de Alejandría utiliza el método filoniano: toma de Filón una alegoría, la interpreta originalmente y elabora luego otra más cristológica.

Entre las disciplinas que Clemente, pose al servicio del entendimiento de la Escritura, la más importante es la filosofía, porque hace pasar del conocimiento ingenuo al científico ("episteme"). En el plano filosófico es la investigación ("zêtêsis"), que parte de datos comunes, pero permite transformar la simple opinión en certeza ("gnosis").

Según Clemente, el punto de partida son los hechos que presenta la Escritura; en concreto, los primeros principios son las verdades reveladas esenciales. La "zêtêsis" consistirá en relacionar con ellas los diversos datos de la Escritura: así se habrá pasado de la fe a la gnosis. Es lo que constituye la demostración ("apodeixis") escriturística.

La diferencia esencial entre Filón y Clemente es que mientras en aquél el método llevaba a una reducción a términos racionales, en éste hallamos tan sólo la aplicación a un dato puramente revelado, con lo que plantea los fundamentos del método teológico.

en medio de tantas dificultades, Aureliano encontrara recursos suficientes para construir las gigantescas torres y la altísima muralla que han protegido a Roma hasta nuestros días. Más aún, un sucesor de Aureliano trató de salvar el Imperio no sólo con batallas, sino con una nueva organización. Para muchos, la llamada Edad Media debería empezar a contar desde el año 284, cuando Diocleciano fue proclamado emperador. Con él, por lo menos, empieza una nueva era; el Imperio romano es algo diferente antes y después de Diocleciano.

Por de pronto, Diocleciano se asoció a su lugarteniente Maximiano, lo cual no



Avverso de una moneda de bronce de Diocleciano (Museo Nacional, Roma). Los intentos del emperador de reorganizar la vida económica en el Imperio fracasaron. La uniformidad de los precios en tiempos difíciles dio como resultado catastrófico el aumento de la miseria.

EL Gnosticismo: DE LA FILOSOFÍA A LA HEREJIA

A veces, la ortodoxia triunfante ha menospreciado en exceso, en su posterior reconstrucción, muchos de los movimientos heterodoxos que aparecieron principalmente a partir de los siglos II y III y cuyo mayor interés es el de ser impugnados para, sobre sus ruinas, construir el gran edificio intelectual y moral que se impondrá a caballo de los últimos esfuerzos de supervivencia del Imperio. Indudablemente que, sobre todo para el creyente, la intrínseca capacidad de perdurar propia de la Palabra revelada será la principal explicación por encima de tantos conflictos y enfrentamientos ideológicos, religiosos y políticos, pues no existía una esfera sin la otra. Mas para unos y para otros, creyentes y no creyentes, cada vez resulta más importante e iluminador conocer aquellos siglos en los que diversas maneras de interpretación lucharon por llegar a dominar sobre los demás.

Por qué unas formas de pensamiento, teologías y filosofías prevalecieron sobre otras, por qué dentro de la misma ortodoxia dominante unas posturas resultaban, con la sola diferencia del tiempo, aceptables o dignas de proscripción, es algo que todavía es objeto de investigación y de sumo interés para quienes en esos siglos encontramos el punto de partida de un mundo y cultura occidentales.

Poniendo un ejemplo respecto del gnosticismo, podrá valorarse, supuesto el hecho histórico-dogmático de la Resurrección, qué diferentes consecuencias se hubieran sucedido del modo de entender la ideología gnóstica con su peculiar concepción de la vida-resurrección. E, indudablemente, la cultura occidental ha sido no poco influida por una determinada visión cristiana de la muerte, lo que no quiere decir que siempre haya sido una fiel y estudiviosa interpretación del mensaje evangélico original.

La ideología gnóstica no es una efímera corriente filosófica bajo la influencia del neoplatonismo ni una delzable herejía, marginal y despreciable, como luego afirmaría Constantino del arrianismo, resultado lógico de anteriores sistemas. El gnosticismo, aunque a la larga resultó un sistema deficiente, tiene en su haber el valor de primicia al tratar de reflexionar, de hacer teología, sobre qué sea el Verbo, la sustancia del Verbo, la "procepción del Verbo". Y el gnosticismo, aunque a la larga será proscrito, dada su heterodoxa desviación, ha de considerarse como el primer intento de una filosofía cristiana de la religión y de la historia. Cuando todavía el primitivo cristianismo tenía preocupaciones pastorales y se movía en la escueta tradición del pensamiento judeocristiano, ya tuvo que experimentar los ataques del "innovador" gnosticismo, capaz de hacer naufragar la fe, según puede comprobarse en las cartas paulinas a Timoteo.

Desde luego, fue el gnosticismo una

ideología de amplia incidencia en el mundo primitivo cristiano. Ya en el área profundamente judaica del naciente cristianismo venían percibiéndose tendencias semejantes: la secta esenia, que constituía una especie de "pregnosis"; el afán platonizador de Filón, que se percibe en el Evangelio de Juan de manera vulgarizada o difusa. Todo ello supone un esfuerzo por hacerse entender en el mundo cultural del helenismo. Partían de ideas tomadas del judaísmo tardío, con elementos de la revelación cristiana en sincretismo con elementos orientales. Su ritual, apoyado en los cultos místicos y cristianos, tenía poderosa fuerza de atracción, con una buena carga de simbolismo bien explotado y una hábil propaganda.

La gnosis se presentaba liberadora y, como el cristianismo, pretendía dar al hombre religiosamente inquieto una respuesta inteligente y válida del mundo y de sí mismo. Con palabras del gnóstico Teodoto, el gnosticismo se enfrentaba a estas cuestiones: "¿Qué éramos, qué hemos venido a ser, dónde estamos, adónde hemos sido arrojados, adónde vamos, de qué nos liberamos, qué es nacer, qué es renacer?".

Sus más importantes líderes pasaron con sus nombres a la historia del pensamiento: Marción, que logró formar en los albores del cristianismo una Iglesia disidente gracias al corpus que le dio como regla de fe; el sirio Basílides, el cual inició la edad de oro del gnosticismo; y el egipcio Valentín, el cual formuló el más amplio sistema gnóstico de innegable influencia posterior. Además, había otros movimientos sectarios más populares, como los barbelognósticos, los ofitas, los naasenos y los setianos. También puede valorarse la influencia de Manes y el maniqueísmo, grandemente difundido por la India y China debido a la combinación con el viejo dualismo persa de Zoroastro, pero de no menos honda repercusión en el pensamiento y literatura occidentales, perviviendo incluso a través de los grupos cátaros.

Pero, al considerar estos pensadores, no pueden atribuirseles las cualidades de los malos teólogos que escogen de la Sagrada Escritura lo que les interesa a sus tesis, como ya decía de Marción el mismo Tertuliano, según el cual, Marción "ha destrozado las Escrituras para adaptarlas a su sistema". Al fin y al cabo, no querían probar una doctrina distinta de la de la Iglesia. En todo caso, como ya entendió perfectamente Harnack de Marción, pueden ser considerados estos teólogos y pensadores como precursores de quienes, poseyendo una certeza, justa en su principio, dirigen la visión de las cosas de tal forma que todo debe subordinarse a aquella.

Pero siempre es necesario superar una postura dogmática excluyente para, sin

perjuicio de la personal y propia creencia, adentrarse en la complejidad del pensamiento humano en esta época y tratar de comprender por qué el cristianismo, además de poseer características reveladas y de contar con el favor imperial, fue imponiéndose sobre otras maneras de interpretación, algunas no menos cristianas y amantes de la Sagrada Escritura. De hecho, su influencia, hasta en el mismo cristianismo institucionalizado, cuesta mucho de ser borrada del todo.

En cuanto a las obras-fuente del gnosticismo es necesario referirse a una de las principales adquisiciones de los últimos tiempos. Se trata de los descubrimientos en el Alto Egipto, cerca del antiguo monasterio pacomiano Cnobosquion. Lo que hasta hace poco se sabía del gnosticismo, se conocía, sobre todo, a través de sus impugnadores: San Ireneo, obispo de Lyon; su discípulo Hipólito de Roma, Epifanio de Salamis (Chipre), etc. Unos pocos escritos de procedencia gnóstica, como la *Pistis Sophia* y los *Libros de Jehú*, suponen escasa documentación.

Ahora se poseen muchos de los escritos mismos de los gnósticos. El descubrimiento de importante material gnóstico quedó un poco nublado por los sensacionales descubrimientos de Qumrán (1947), pero no fueron menos importantes los descubrimientos de Nag Hammadi (Egipto) por el año 1945, cuando unos campesinos encontraron una ánfora con documentos en su interior que fueron vendidos por poco precio a unos traficantes, quienes los llevaron a El Cairo. Allí, en el Museo Copto de esa ciudad, reposan muchos documentos esperando todavía ver la luz científica: son trece códices en copto sahídico casi todos, que contienen unos cincuenta tratados. Son traducciones del griego que debieron de realizarse por los siglos IV-V, pero responden a originales que pertenecían al siglo I, cuando seguramente el volumen de la literatura gnóstica superaba al de la Iglesia. En torno a los Evangelios han aparecido evangelios de *Tomás*, *Felipe*, de *los Egipcios* y un *Evangelio de la Verdad*. Existen también *Hechos* de Pedro y de Matías, abundante literatura apocalíptica. Naturalmente, toda esta literatura es apócrifa, pues no fue admitida por el canon católico.

El *Evangelio de Santo Tomás*, que hasta ahora era conocido por alguna cita de Hipólito, se encuentra completo —el único evangelio apócrifo primitivo que lo está— y es de valiosa importancia para completar los conocimientos de la época primitiva de la Iglesia. Al igual que los manuscritos de Qumrán pudieran pertenecer a alguna comunidad de esenitas establecida por ese lugar, los manuscritos de Nag Hammadi probablemente procederán de la biblioteca de alguna comunidad gnóstica.

Ya en las referencias de Hipólito se habla de una secta que utilizaba este Evan-

gelio, los naasenos. Pero como en muchos escritos aparece como figura central el profeta Set (Sem), bien pudo pertenecer esa biblioteca a los setitas.

El gnosticismo fue combatido y desarticulado: su teología y cosmogonía, deficientes, fueron superadas por los nuevos esfuerzos reflexivos. Pocas posibilidades tenía de llegar a sobrevivir, pues en su amalgama de elementos orientales y helenísticos, a pesar de ser una afición contemporánea, se oponía al ideal clásico de la *sôphrosynê*, así como suponía el suicidio de la clásica razón al despreciar la ciencia objetiva.

Pero no hay que olvidar aquel mundo intelectual donde el neoplatonismo de Am-

monio Saccas, Plotino, Porfirio, etc., supusieron no poca influencia en los grandes problemas de la teología sobre la divinidad del Verbo. Pues entre los mismos padres griegos del siglo III no todo fue acierto y seguridad. Y precisamente a través de estos movimientos "heréticos" la ortodoxia católica se vio obligada a reflexionar su propia actitud frente a la Escritura y a la regla de fe, a revisar sus formas de organización y a desplegar su fuerza dialéctica frente a semejantes amenazas.

En suma, independientemente de la proscripción por la ortodoxia victoriosa, el gnosticismo patentiza la lucha del espíritu humano por encontrar salida en aquella época de decadencia imperial y de espe-

ranzadoras promesas evangélicas, a pesar de que sus representantes, en su mayoría intelectuales grecorromanos que prefirieron el Jesús-Dios totalmente alejado de la participación de este mundo, se instalasen en un fascinador mundo de complejidades en busca de lo mágico, convencidos de que el mundo cotidiano era sensiblemente malo y una falaz ilusión. Todavía, modernamente, apreciaciones semejantes, repeticiones dualistas y una reticente utilización de seres intermedios, no han desaparecido del área cultural cristiano-occidental, si bien no se encuentran respaldadas por construcción sistemática alguna.

J. M.^a P.

tenía nada de particular porque otros emperadores habían gobernado también con colegas de igual categoría; pero esta vez Diocleciano y Maximiano se dividieron el Imperio: el uno se encargó del Oriente, y el otro, con plena autoridad, fue casi un primer emperador del Occidente. Ambos tomaron el nombre de *augustos*. Diocleciano casó a su hija con un dacio corpulento llamado Galerio, al que dio el título de *césar*, y Maximiano, a su vez, nombró *césar* suyo al noble romano Constancio Cloro, padre de Constantino. Constancio estaba ya casado entonces con una mujer que había sido mesonera en su juventud, la misma que después fue Santa Elena, pero hubo de repudiarla para casarse con la hijastra de su *augusto* y darle así garantías de fidelidad. Diocleciano, el iniciador de esta tetrarquía, estableció su corte en Nicomedia, en el Asia, casi enfrente de la antigua Bizancio. Galerio residió en Sirmium, la actual Belgrado; Maximiano en Milán y Constancio en York o en Tréveris, para defender el Rin y la Bretaña. A Roma se le respetaron sus honores de capital, pero en realidad comenzó a vivir sólo del prestigio de su glorioso pasado y amenazada de convertirse en ciudad santa, buena para legitimar una corona después de una sublevación, pero no para gobernar el vasto imperio ni decidir los destinos del mundo.

Otro cambio importante fue la nueva división del Imperio en doce grandes *diócesis*, repartidas a su vez en provincias. El número de estas últimas varió con el tiempo; cuando Diocleciano empezó la reforma había sólo cincuenta y siete, pero a su muerte sumaban noventa y seis, y en ocasiones su número llegó a ciento doce. Por ejemplo, España estaba dividida en seis provincias y la Galia en quince. La misma Italia, que había sido siempre considerada como una exten-

sión de Roma, fue dividida en doce provincias, y Egipto, hasta entonces feudo personal del emperador, se vio incluido en la nueva organización. A la cabeza de las diócesis estaban los *vicarios* de los *augustos*. Los gobernadores de las provincias tomaron diferentes títulos: prefecto, procurador o procónsul. Esta subdivisión de las antiguas provincias romanas tenía por objeto impedir que pretendientes ambiciosos se hicieran feudos para apoyar sus pretensiones. Lactancio dice que "Diocleciano trituró el Imperio en pequeños fragmentos para poder aterrorizar al mundo". Pero además lo hizo para centralizar el gobierno y, sobre todo, concentrar las contribuciones en el peculio de los *augustos*. En esta época desaparece toda idea de tesoro del estado: el dinero del erario fue propiedad del emperador. Los gastos del estado se consideraron como "gastos imperiales", y todo el mundo aceptó la idea de que "el palacio" era la corte, el gobierno y la capital.

A consecuencia de esta centralización y despotismo, los tetrarcas insistieron en exigir, para ellos y para los dioses del Imperio, el homenaje religioso de los súbditos, que los cristianos se negaban a tributar, y, por tanto, recrudecieron las persecuciones. Constancio, más refinado y tolerante, no parece haber tratado cruelmente a los cristianos, pero Galerio, brutal y salvaje, impulsado por su madre, sacerdotisa de una divinidad bárbara, empleó toda su energía en perseguir a los confesores de Cristo. Diocleciano, algo indeciso en este punto, no se dispuso a molestar a los cristianos hasta recibir indicaciones del oráculo de Delfos. En cuanto a Maximiano, no pudo menos de imitar a sus compañeros de mando, y en especial puso empeño en separar del ejército a los cristianos y, en caso de contumacia, castigarlos severamente. Por el nú-

El arco de Galerio en la ciudad de Salónica, Grecia. Cuando en 305 acabó el plazo de gobierno de la primera tetrarquía, Galerio ocupó el puesto de Diocleciano y Constancio Cloro pasó a ser augusto en Occidente. Como césares fueron elegidos Maximino Daja en Oriente y Severo en Occidente.

mero imponente de mártires que sufrieron en las distintas regiones de la tetrarquía y por el rigor de las medidas tomadas contra los templos y el culto, así como contra el sacerdocio y los fieles, la persecución de Diocleciano bien merece el dictado de "Gran persecución" con que ha pasado a la Historia; representa el máximo esfuerzo del Imperio contra el cristianismo, el cual muy pronto triunfaría de los dioses antiguos.

Tal fue la política de los cuatro corregentes hasta 305. En esta fecha, Diocleciano, que tenía ya cincuenta y nueve años, reunió sus tropas cerca de Nicomedia y delante de ellas renunció al título de augusto. Se había convenido que Maximiano abdicaría también y que los dos césares ascenderían a augustos. Ellos, por su parte, elegirían los nuevos césares, que a su vez serían más tar-

de otros augustos. Diocleciano pensó haber hallado de este modo un sistema excelente para regular la sucesión imperial. Era evidente que un príncipe que reuniera todas las condiciones necesarias no podía traspasar su poder a su hijo y fundar una monarquía hereditaria; el Senado, como asamblea electora, había probado su incapacidad, y era peligroso dejar la elección a las legiones. La idea de Diocleciano de que los hijos de los césares fuesen excluidos de la sucesión, para evitar que el gobierno cayera en manos ineptas, parecía obligar a los augustos a elegir a los más aptos. Resulta muy interesante advertir que el proyecto de Diocleciano se parece a una de las constituciones de Bolívar, cuando éste proponía un presidente vitalicio que elegiría al vicepresidente, que debía ser su sucesor. Pero



al retirarse Diocleciano se vio ya la imposibilidad de aplicar este régimen. Los hijos de Constancio y Maximiano, inteligentes y ambiciosos, no se resignaron a ser preteridos, después de haber participado algo del poder en las cortes de sus padres. Así, pues, Constantino y Majencio se levantaron en Occidente, mientras Galerio, ascendido a agosto, como sucesor de Diocleciano, conservaba las provincias orientales con otro César por él improvisado.

Para asegurarse primero en Occidente, Constantino atacó a Majencio, vencién-dole en la batalla de Puente Milvio, a las puertas de Roma. Era el 25 de octubre de 312. Es innegable que, ya desde este día, Constantino atribuyó su victoria a la protección que le había dispensado el Dios de los cristia-nos. Después explicó (y el historiador Euse-



Detalle de los relieves del arco de Galerio en Salónica. Aunque en mal estado, se adivinan en ellos vigorosas escenas de las campañas guerreras del emperador.



Paisaje de las cercanías de la ciudad de Split, Yugoslavia, donde Diocleciano se hizo levantar un gigantesco palacio para descansar después de su abdicación.

bio consigna haberlo recogido de sus propios labios) como, durante su marcha contra Majencio, había visto en el cielo, encima del sol, una cruz resplandeciente con la inscripción: *τοῦτο νικά*, "Con esto vencerás". Impresionado por la visión, a la noche siguiente tuvo un sueño en el que se apareció Cristo, con la misma señal flameante que había visto en el cielo, ordenándole que la hiciese poner sobre sus estandartes y se sirviese de ella como de arma defensiva contra sus enemigos. Al apuntar el día, Constantino llamó a sus generales y les contó la visión. A toda prisa buscaron entre los soldados quienes tuviesen el oficio de platero y, dirigidos por el propio Constantino, fabricaron el *Labaro*, que más tarde se conservó en Constantinopla como preciosa reliquia entre las joyas imperiales. Era un estandarte formado por una lanza de punta dorada y una barra transversal, rematada con un círculo de pedrería que encerraba el crismón o monograma del Cristo.

Constantino, después de la batalla de Puente Milvio, entró en Roma y allí levantó

un arco triunfal, en el cual el Senado hizo grabar esta inscripción, que se lee todavía: "Constantino, por inspiración de la divinidad (*instinctu divinitatis*) y la grandeza de su genio, ha vengado a la comunidad en una guerra justa contra el usurpador y toda su gente". Es, pues, evidente que Constantino, aunque no estuviese bautizado, contaba con tener en su favor al Dios de los cristianos.

Mientras, en Occidente, Constantino se desembarazaba de Majencio, un "hombre nuevo" había aparecido en Oriente, un tal Licinio, que Constantino se vio obligado a aceptar provisionalmente como colega. Invitado por Constantino, Licinio acudió a Milán y ambos proclamaron en esta ciudad, en el año 313, el famoso edicto que lleva su nombre, posiblemente el documento más importante para la historia de la Humanidad. El llamado *Edicto de Milán* se expresa textualmente como sigue:

"Siendo así que Constantino Augusto y Licinio Augusto nos hemos reunido en Milán para discutir lo que conviene al interés y seguridad públicos, hemos llegado a la conclusión de que, de cuantas medidas puedan aprovechar a la humanidad, ninguna es tan necesaria como la que sirva para regular el culto debido a la divinidad.

"Hemos decidido, por tanto, otorgar a los cristianos, y a todos los demás, perfecta libertad de practicar la religión que crean la mejor, para que así pueda propiciarse cualquier divinidad que esté en el cielo, y hacérnosla propicia para nosotros y para cuantos están bajo nuestra autoridad. Así es que hemos pensado que la política más razonable es que, bajo ningún pretexto, pueda privarse a nadie de la libertad de escoger su religión, tanto si prefiere la cristiana como otra cualquiera, para que la Divinidad libremente nos conceda en todas las cosas su favor y benevolencia.

"Por tanto, es bueno que se sepa que hemos decidido abolir todas las restricciones contenidas en previos edictos respecto a los cristianos, porque nos han parecido injustas y extrañas al espíritu de nuestra clemencia.

"Por esto, cualquier persona que desee abrazar o practicar la religión cristiana tendrá desde ahora libertad de hacerlo sin ninguna limitación. Hemos creído necesario explicar bien estas cuestiones para que se sepa que hemos concedido a los cristianos el libre y completo derecho de practicar su religión.

"Pero de la misma manera debe entenderse que el mismo libre y completo derecho, conforme a la paz de nuestros tiempos, se concede a todos igualmente para que puedan practicar cualquier religión que ellos escojan. Y hemos decidido esto para

*Marfil bizantino
con la representación de Roma
(Kunsthistorisches Museum, Viena).
Tras la reorganización imperial
de Diocleciano,
Roma perdió la capitalidad del estado.
En efecto, mientras Diocleciano
fijaba su residencia en Nicomedia,
Maximiano se establecía en Milán.*

que nadie ni ninguna religión sean desposeídos del honor que se les debe".

El lector habrá observado que lo que conceden Constantino y Licinio en el edicto de Milán es la libertad religiosa íntegra, completa y absoluta, ni más ni menos lo que llamamos nosotros "libertad de cultos". Se repite varias veces que el edicto se promulga principalmente para proteger a los cristianos y acaba de probarlo la segunda parte del acuerdo estipulado en Milán con la restitución inmediata y gratuita de todos sus bienes religiosos, así los que estuvieren en poder del fisco como los que habían sido vendidos o donados a personas particulares, pero no se sigue con ellos una política de excepción. Recuérdese que ni Constantino ni Licinio eran cristianos: Constantino no se bautizó hasta la víspera de su muerte, y Licinio murió pagano. Es de notar, sin embargo, el carácter general que toma en las postestades imperiales la reacción en favor de los cristianos, ofreciendo incluso aspectos religiosos sorprendentes.

Hasta Galerio, el principal responsable de la gran persecución, consumido por una enfermedad horrible, trató de congraciarse con los cristianos para que rogaran por su vida. El curioso edicto de Galerio moribundo, dando también libertad de culto a los cristianos, acaba con este párrafo, que revela la desesperación de quien, por librarse de la muerte, se asiria de un hierro candente: "...Y en pago de nuestra tolerancia, los cristianos rogarán a su Dios por nuestra salud, por la suya y por el bien del estado, para que el estado pueda estar seguro y prosperar, y ellos vivir tranquilos en sus casas".

Este edicto, fechado en Sárdica el 311, es dos años anterior al edicto de Milán y a la supuesta conversión de Constantino. Los efectos sobrenaturales de la protección que podía dispensar el Dios de los cristianos se indican también en la oración que Licinio mandó recitar a sus soldados la víspera de la batalla de Adrianópolis, al regresar de Milán para reconquistar el Oriente. Licinio creía que su rival Maximino había logrado el concurso del olímpico Júpiter; por esto hizo co-



NICEA: UN TRIUNFO PARCIAL PARA EL IMPERIO Y PARA LA IGLESIA

En una compleja perspectiva histórica, el concilio de Nicea polariza algo más que una polémica interna de la Iglesia acerca de un punto de su fe cuya resolución dogmática puede constituir el punto de partida más importante que sobre el Evangelio revelado exhibirá la historia del dogma a lo largo de los siglos. Adentrarse en el estudio del concilio de Nicea supone relacionarse con el mundo de un imperio que se desvanecía a poco a poco, pero no inmediatamente, y con una Iglesia que se fue consolidando, para llegar a pervivir a lo largo de los siglos, sobreviviendo a tantas estructuras y fuerzas que la vieron nacer.

Nicea es un momento evocador de la fe cristiana, pero creyentes y no creyentes pueden valorar algo más que las discusiones en torno a la Trinidad o Unidad de Dios y, consiguientemente, en torno a la Humanidad o Divinidad de Jesucristo. En Nicea hay más o, en todo caso, la cuestión de fe —trinitaria o monádico-arriana— implicó serias influencias en la historia general contemporánea.

La teología cristiana había quedado perfectamente integrada en la tradición intelectual griega al finalizar el siglo II. Los debates teológicos estaban a la orden del día y podría decirse que las conversaciones teológicas llegaron a ocupar el lugar de los antiguos debates políticos de la *polis*. Con la definitiva imposición del cristianismo puede decirse también que a partir del siglo IV comenzó Occidente a ser oficialmente y de manera profusa "cristiano", hasta que en los tiempos modernos se hizo posible profesar abierta y colectivamente el ateísmo, el agnosticismo, etc., o cualquiera otra religión. Pero esto no permite pensar que la unidad religiosa de Occidente, impartida por la Iglesia, fue doctrinaria y totalitaria, ni mucho menos implicando total uniformidad. Y es que desde los primeros tiempos las desviaciones y disidencias han sido patentes.

El cristianismo nacía en un complejo y conflictivo mundo en crisis política, religiosa e ideológica y, naturalmente, hubo de estar enroldado en semejante proceso, lo mismo que los que habían aceptado la fe cristiana no podían estar liberados de sus hábitos culturales y de pensamiento.

En torno a Nicea, ya en el año 325, la controversia y el enfrentamiento no pueden ser más expresivos. Aunque, según señala Crane Brinton, "la Iglesia católico-romana preservó y fortaleció su unidad precisamente porque tuvo que luchar contra los herejes y entrar en compromiso con ellos, ya que el predominio de los herejes —es decir, de las discrepancias en los juicios de valor— es probablemente, en la pubertad de un movimiento, más un signo de fuerza que de debilidad".

El arrianismo polariza o lleva a su culminación los diversos movimientos heréticos que intentaron abordar el problema

de Jesús, el Verbo, ya desde el viejo gnosticismo. La influencia del neoplatonismo era notoria. En la misma escuela alejandrina —la de Ammonio Saccas— habían estudiado Orígenes y Plotino. Y éste ya había hablado de tres "hipóstasis" universales, formadas ante todo por el "Principio" o "Único", de quien procede la "Razón", análoga al antiguo "Verbo", y por el "Alma". No resultaba difícil encontrar obispos no herejes todavía que afirmasen que Jesucristo no era más que un hombre nacido de la virgen María. Y en las controversias teóricas y terminológicas se observa que no siempre se tenían ideas muy claras sobre la identidad sustancial entre el Padre y el Hijo, y acaso ni siquiera sobre la filiación divina.

Como superación del politeísmo pagano y del dualismo gnosticoista, sobre todo en contra del marcionismo, el monarquianismo estableció seguridad absoluta para el Principio Único (en griego, la *Moné arche*), para la Monarquía de Dios Padre, de modo que Padre e Hijo no eran más que dos aspectos o modalidades de una misma persona. De esta manera se logró salvar la unidad de Dios, pero se deshacía la trinidad de sus personas.

Este sistema herético encontró importantes matizaciones con Sabelio y, sobre todo, con Pablo de Samosata. Son hombres importantes, pues Sabelio difundió sus ideas por la Pentápolis, donde luego Arrio vio la luz, y a Pablo, el cual, favorecido por la princesa Zenobia, había obtenido nada menos que la sede de Antioquía, sucedió el célebre Luciano, en cuya escuela antioquena estudió Arrio, participando de la poderosa fuerza de sugestión de su maestro, quien no debía de poseer ideas muy exactas sobre la divinidad del Hijo de Dios a juzgar por los "lucianistas" posteriores.

Entre los admiradores de Luciano geminó y se desarrolló vigorosamente el arrianismo de primera hora, que llegaba cuando la teología sobre la divinidad del Verbo estaba aún poco madura. Y en este contexto apareció Arrio, regente en la iglesia de Bakaulis de una parroquia del puerto. Divisiones y denuncias hicieron salir a luz pública las teorías de Arrio, el cual llegó a enfrentarse con su mismo obispo, produciéndose una importante ruptura y escisión en bandos dentro de la Iglesia.

Arrio afirmaba el *subordinacionismo*, por el que, siempre a base de argumentos bíblicos, aseguraba la creación por el Padre del Verbo manifestado en Cristo y por el que quedaba en un Dios de segundo orden. En este momento quien desee hacerse una idea de la situación no podrá dejar a un lado la situación político-religiosa del Imperio, más allá de las rencillas, contiendas y enemistades personales que vinieron a englobarse en enfrentamientos más generales e importantes.

Con Constantino, la religión cristiana había tomado carácter oficial y político. Salvar la decadente *romanidad* era, sin duda, su principal objetivo. En Nicea triunfó la causa católica, derivando el espíritu de tolerancia de anteriores edictos hacia una confesionalidad determinada. Pero solo con Teodosio, hacia el año 379, el nicenismo llegó a imponerse definitivamente y el cristianismo llegó a ser verdadera religión del estado.

Entre tanto no puede decirse simplemente que a Constantino siguieran emperadores más o menos perseguidores, sino que es necesario adentrarse en la sinuosa política de este siglo del Imperio, correlacionando los objetivos imperiales y la génesis y desarrollo de las muy diversas sentencias religiosas.

Resolver el problema de la divinidad de Jesucristo con una mera explicación sociologista puede ser insuficiente, pero atribuir a la invisible acción del Espíritu Santo el éxito triunfal de Nicea puede resultar excesivamente simple. Aunque, indudablemente, no tardaría en imponerse eficazmente una interpretación de la historia, diferente del espíritu clásico romano, centrada en la Providencia divina. Así lo hicieron Eusebio de Cesarea y Lanciano para Constantino y luego San Agustín lo hará básicamente para su filosofía de la historia, de gran influencia en la Edad Media.

Constantino hizo causa común con el símbolo de fe niceno y su voluntad de hacerlo respetar se respaldó con la amenaza de destierro, reduciéndose el número de opositores. No en vano la victoria de la fe iba unida a la del emperador Constantino. Pero Arrio no cedió, aunque sí los "lucianistas". Y desde este momento el arrianismo conoció la división, aunque sin perder su fuerza. Los cristianos celebraron su victoria en un banquete oficial ofrecido por Constantino. Según Eusebio de Cesarea, no faltó ningún padre y los obispos pasaron sin inmutarse por entre las filas de soldados que presentaban sus espadas desenvainadas. Algunos se recostaron junto al emperador... Parecía, a juicio de Eusebio, una imagen del Reino de Cristo. Debí de ser entonces cuando Constantino pronunció, dirigiéndose a los comensales, aquella frase histórica: "Vosotros sois obispos de lo que está dentro de la Iglesia, y yo soy obispo, puesto por Dios, de lo que está fuera". Pero Constantino no tenía suficiente conciencia del problema religioso implicado, y el concilio de Nicea fue más bien un éxito rotundo de la política religiosa de Constantino en orden a salvar el naufragante Imperio.

No faltaron las reacciones contra el concilio, rechazadas por las amenazas de destierro y la victoriosa espada del emperador romano. Pero desde el 328, Atanasio, sucediendo a Alejandro, se hizo cargo de la sede de Alejandría, verdadero líder

y constructor del edificio intelectual trinitario. Y Constantino seguía con su política de regalos, confirmando los dogmas e invitando a la concordia.

Es importante destacar el acceso del oportunista Eusebio de Cesarea, que no se comprometió tanto como Eusebio de Nicomedia en su amistad con Ario, aunque en el fondo había afirmado con reticencia el símbolo de Nicea, pues a partir de entonces hubo un importante cambio en la política imperial a favor del arrianismo. En el 330 tuvo lugar un sínodo semiariano en Antioquia. Comenzaron las deposiciones y destierros de nicenistas. Ario retornó de su destierro. Y en un sínodo celebrado en Jerusalén con ocasión de la dedicación de la basílica de la Anástasis, se declaró ortodoxo a Ario, aunque, cuando iba a ser admitido a la comunión de la Iglesia, murió. Aón peor fue para la ortodoxia la muerte de Constantino, el cual

llegó a aceptar el bautismo de manos del obispo arriano de Nicomedia, "muriendo así en olor de santidad arriana" (Cochrane).

Constancio, desligado de los compromisos de Nicea, favoreció abiertamente los planes de la facción semiariana capitaneada por Eusebio. Pero, frente a la política oriental antinicensa de Constancio II, se levantó la política a favor de Nicea en el Occidente gobernado por Constante. Ahora, la división del Imperio favoreció más la división dogmática. Y, sobre todo, a partir del concilio de Sardica, que ratificó a Nicea (343), la ruptura entre orientales y occidentales se hizo más marcada y duradera.

Pero Constancio llegó a ser único emperador del Imperio, los sínodos arrianos se prodigaron y la obra de Nicea parecía humanamente condenada al naufragio.

He aquí, pues, como en torno a Nicea fue dibujándose la línea dogmática de la

Iglesia, pero también el cesaropapismo irrumpió prematuramente en Occidente, poniendo la Iglesia a merced de la fluctuante política imperial, además de la nueva situación que tomaron las cuestiones religiosas, situación que durará siglos y siglos en la historia de Occidente. La división Oriente-Occidente nunca se zanjará, a pesar del intento teodosiano. El arrianismo llegará a perdurar, incluso en los pueblos invasores germánicos, que en su contacto con Roma y la naciente cristiandad serán objeto, entonces, de *evangelización y conversión*, y el maridaje Iglesia-Estado marcará el desarrollo políticsocorreligioso de Occidente.

Indudablemente, en el actual esfuerzo ecuménico la historia también habrá de tener en cuenta aquellas nueve décimas partes de orientales y germanos que se adhirieron al arrianismo.

J. M.ª P.

Cabeza de Constantino, retrato plenamente realista que representa a dicho emperador con mayor fidelidad, sin duda, que las esculturas halladas en Roma, imperfectas y simplificadas como todo el arte estatuario de la época (Museo Nacional, Belgrado).

rrer entre las tropas la especie de que él había recibido del cielo unas palabras que todos los soldados tenían que repetir. Con ellas aseguraba el triunfo. La oración distribuida por el augusto Licinio entre sus tropas dice así: "Dios altísimo, venimos a ti, Santo Dios, venimos a ti. Te encomendamos nuestro derecho, te encomendamos nuestra seguridad, te encomendamos nuestra soberanía. Por ti vivimos, por ti ganaremos batallas y felicidad. Altísimo y Santo Dios, escúchanos. Extendemos hacia ti nuestras manos, ¡escúchanos, Altísimo y Santo Dios!".

¡Qué pensar de esta oración! Ni una palabra para el Cristo, y es un documento oficial posterior de un año al edicto de Milán. El carácter propiciatorio de esta jaculatoria es innegable, pero se ve el deseo de invocar a Dios de modo que no pueda sentirse ofendido nadie que no sea cristiano.

Tal vez no sea ajena a tales hechos la creencia en los efectos mágicos, que, a últimos del siglo III, había sustituido, en la mayoría de los espíritus superiores, a la fe religiosa y filosófica del paganismo. Posiblemente también, la experiencia de la inandad de las últimas persecuciones hizo sen-





Detalle de la batalla de Puente Milvio en un retablo atribuido a Miguel Alcañiz (Museo de Bellas Artes, Valencia). Constantino, hijo de Constantio Cloro, proclamado augusto por las legiones de Britania a la muerte de su padre, tuvo que hacer valer sus derechos frente a numerosos enemigos, como Majencio, hijo de Maximiano, que por su parte iba también derrotando a sus enemigos. Enfrentados los ejércitos de ambos al norte de Roma, Majencio murió en la batalla y el vencedor entró triunfante en Roma.

tir a muchos la superioridad del Dios de los cristianos y el valor de su religión. Pero lo cierto es que, en estos días, todo hace presagiar una profunda mudanza religiosa en el Imperio. A la más cruel de las persecuciones sucede un afán intenso de tolerancia, y aun de favor, para los cristianos. En vísperas de la batalla de Puente Milvio, mientras Majencio intenta todavía granjearse el favor de los dioses con toda suerte de sacrificios y sortilegios, los soldados de Constantino aparecen con el monograma de Cristo grabado sobre sus escudos, emblema verdaderamente inusitado. Y en Constantino hay algo más que una simple actitud benévola para con los cristianos, impulsada por intereses políticos. Si se hubiera inspirado solamente en las tendencias religiosas de sus subordinados, el emperador de Occidente no podía hallar razón alguna para abandonar a los antiguos dioses ni ventaja política que le indujera a declararse cristiano. Después de la victoria de Puente Milvio, Constantino no sólo se ha convencido de que está bajo la protección del Dios de los

cristianos, sino que desde entonces habla y obra siempre, en materias religiosas, como un creyente convencido. En su ánimo se ha obrado un cambio profundo: puede hablarse, sin temor, de verdadera conversión al cristianismo. El Imperio va a entrar en la fase decisiva de su historia; los sucesores bizantinos de Constantino no tardarán en poner en los documentos al pie de su nombre el apelativo, en extremo significativo, de "príncipe cristiano y emperador de los romanos".

Por algún tiempo pareció que Constantino y Licinio iban a instaurar una nueva tetrarquía; ambos adoptaron a sus hijos como césares. Pero el año 321 la guerra se declaró de nuevo entre los dos augustos y, tras una campaña rápida, de tres batallas sucesivas, Constantino obligó a Licinio a depositar la púrpura y suplicar que se le perdonara la vida. Constantino estableció entonces la monarquía universal, gobernando solo, sin corregentes, desde el Atlántico hasta la frontera de Persia.

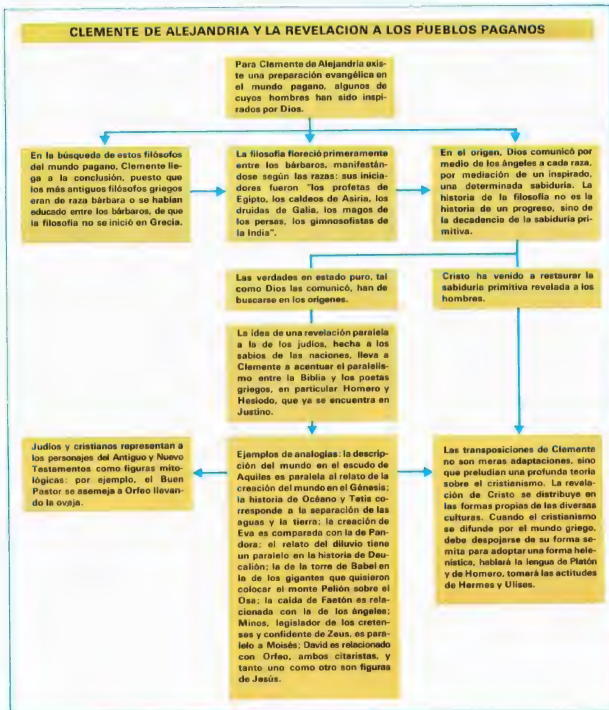
Es natural que, entre sus primeros cuida-

dos, el emperador se preocupaba del Dios que le había sostenido fielmente en sus campañas y de la Iglesia que le servía. Por su parte, la Iglesia, que experimentaba dificultades de disciplina y de dogma, si bien no podía tener en el emperador un árbitro para dirimir disputas doctrinales, podía confiar en él para reducir a los discolos y perturbadores.

Ya mucho antes los obispos orientales habían acudido al emperador Aureliano, que era no sólo pagano, sino hasta enemigo de la Iglesia, para que les ayudara a recobrar la basílica de Antioquía, que les quitaran unos herejes. Por tanto, no es de extrañar que el 313, el mismo año del edicto de Milán, Constantino recibiera un mensaje de algunos obispos del África para que interviniese en un cisma que amenazaba divi-



Aspecto actual de Puente Milvio, en Roma, donde se dio la decisiva batalla que puso fin a la pluralidad de emperadores.





Leyenda que corona el arco de Constantino, en Roma, dedicado al emperador, según reza la frase, que por inspiración de la divinidad venció al ejército enemigo.

dir aquella Iglesia. Constantino tuvo entonces para con los cismáticos africanos una paciencia de neófito. La querella, llamada de los *donatistas* porque la había iniciado Donato, obispo de Cartago, se refería al punto de disciplina sobre si se podía o no rebautizar a los que apostataron durante las persecuciones. Pero en tiempo de Constantino el litigio se cifraba en discutir la validez de la consagración y, por tanto, la legitimidad jurisdiccional del obispo de Cartago. Había

en ello, sin duda, aspectos de querella personal; había también razones económicas. Constantino, después de su triunfo, hizo a las iglesias espléndidos regalos para compensarlas de lo que habían perdido durante los tiempos de persecución. Ya puede comprenderse que, con la esperanza de manejar estos bienes, los donatistas no claudicaron, ni aun habiendo sido amenazados por Constantino, cuya indignación estalló con violencia: “Secuaces del demonio —dice el em-

perador a los donatistas—, el diablo es vuestro padre; estáis locos, sois traidores, impíos, enemigos de Dios y de su Iglesia”.

En vez de retractarse, los cismáticos africanos encontraron en esta condena otra razón para separarse de la Iglesia oficial. Mucho más tarde, en tiempo de San Agustín, los donatistas sostenían que el emperador no tenía jurisdicción sobre la Iglesia: *Quid est Imperator cum Ecclesia?* Excelente doctrina, si contra ella no hubiesen obrado los donatistas: ellos precisamente fueron los que habían acudido al emperador para hallar solución a las querellas con que perturbaban la Iglesia de África. Con todo, Constantino procedió como verdadero príncipe cristiano. No quiso intervenir como juez; se limitó a convocar una asamblea de obispos que condenó a los donatistas. Igual proceder tuvo con una segunda apelación, que acabó con nueva condena, en un concilio celebrado en Arles.

La intervención del emperador en la contienda de los donatistas embargó su atención desde el 313 hasta 316, año en que decidió no dedicar más tiempo a los obispos africanos, esperando que el ardor de la disputa se amortiguara gradualmente, faltaría de estímulo exterior. Pero, como todos los políticos geniales, Constantino sacó provecho hasta de sus propios errores. Es probable que durante el litigio con los donatistas el emperador estrechara sus lazos de amistad con el obispo de Córdoba, Osio, que debía ser su asesor en materias teológicas por largo tiempo.

Por desgracia, no sabemos nada de la infancia y educación de Osio, y aun es posible que no fuera español, por más que con su conducta manifestó tener una alma hispánica, una fe práctica, con cierto no disimulado desdén por las especulaciones filosóficas.



Anverso y reverso de un medallón de oro de Constantino (Gabinete de Medallas, París).



Detalle de una de las puertas de la catedral de Milán, donde se halla desarrollado el tema del edicto de Milán. Un año después de su triunfo sobre Majencio, Constantino publicó, junto con Licinio, designado augusto de Occidente por Maximiano, un edicto de tolerancia para los cristianos, sus bienes y la práctica de su culto.

LA QUERRELLA DEL ARRIANISMO: DE ALEJANDRIA A NICEA

Durante los años del episcopado de Dionisio (260-265), el problema de la interpretación del misterio de la Trinidad apasiona a la Iglesia de Alejandría. El mismo obispo representa sucesivamente las dos tendencias teológicas extremas que, desde muy pronto, se dibujan en toda la cristiandad.

SUBORDINACIONISMO

El Hijo, posterior al Padre, engendrado por éste, lo está sometido.

Arrio, presbítero de Alejandría, adopta y defiende públicamente una forma extrema de subordinacionismo.

SABELIANISMO

El Hijo y el Padre poseen ambos la misma naturaleza divina, son dos dioses.

El obispo de Alejandría, Alejandro, reúne en un concilio nacional a los obispos de Egipto y Libia, que condenan y excomulgan a Arrio.

Alejandro defiende la postura de la Iglesia de Egipto en cartas-encíclicas a las comunidades cristianas de Grecia, Siria y Roma. La querrela arriana se extiende.

Arrio se refugia en Palestina junto a Eusebio de Cesarea, el gran protector de Orígenes.

Arrio recibe el apoyo del obispo Eusebio de Nicomedia. Dos sínodos provinciales, convocados a instancias de éste en Bitinia y Palestina, rehabilitan a Arrio.

Macario, obispo de Jerusalén, disiente de Eusebio de Cesarea.

Marcelo, obispo de Ancira, en Asia Menor, se opone violentamente a Eusebio de Nicomedia.

La oposición entre los obispos de una misma región, las violentas discusiones entre los representantes de las distintas tendencias y la desorientación de la mayoría de las comunidades cristianas hacen necesaria la convocatoria de una asamblea general de pastores y teólogos que se convertirá en el primer concilio universal.

Arrianos agrupados en torno a Eusebio de Nicomedia representan una de las tendencias extremistas del concilio.

Subordinacionistas moderados, discípulos de Orígenes, y, en general, teólogos con gran preocupación por la unidad de la Iglesia tienen como portavoz a Eusebio de Cesarea.

Alejandro y Osio, representantes del emperador, partidarios de una formulación antirriana del dogma.

Antirrianismo extremo de Eustasio de Antioquia y Marcelo de Ancira: sus enemigos los acusarán, con razón, de sabelianismo.

HEREJIA ARRIANA

ORTODOXIA

HEREJIA SABELIANA

El símbolo de Nicea se basa en la profesión de fe propuesta por Eusebio de Cesarea: Cristo, "verdadero Dios, nacido del verdadero Dios, engendrado, no creado, consustancial al Padre..."

Osio es el prelado que Constantino designó para pacificar la Iglesia de Alejandría, cuyas divisiones amenazaban extenderse por todo el Oriente. Por espacio de más de un siglo, las herejías que tenían arraigo en los países de antigua cultura griega se esforzaban por aclarar la verdadera naturaleza del Hijo de Dios. ¿Quién era este Jesús, Verbo encarnado, "nuevo dios" del que los cristianos obtenían la salvación?

Ésta debía ser la pregunta que se harían la mitad de los ciudadanos romanos al ver que la otra mitad, incluso el emperador, abandonaba las viejas supersticiones para esperar todo del Cristo. Exagerando un poco, podríamos decir que, si las herejías del primero y segundo siglos cometieron errores al tratar de identificar al Padre con conceptos filosóficos de la divinidad y no con el Dios del Sinaí, las herejías del tercero y cuarto si-

glos debatieron filosóficamente la relación del Padre con el Hijo. Unos herejes hicieron al Hijo idéntico con el Padre, lo cual era un error; otros hicieron al Hijo creado por el Padre, posterior al Padre, lo cual era otro error.

El primer error se llamaba *sabelianismo*, por haberlo propagado mucho tiempo antes un tal Sabelio; pero en la época de Constantino sólo unos pocos insistían en explicar la solución del problema de la naturaleza de las tres personas de la Trinidad por tres sucesivas manifestaciones de un dios único que tomó, uno después del otro, estos tres aspectos según convino a la salud del linaje humano. El sabelianismo proponía como solución del problema de la divinidad: que Dios fue primero el dios-legislador del Sinaí, después se encarnó para ser Jesús, el Hijo o Verbo, y más tarde se manifestó como el Espíritu Santo, para procurar la santifica-

ción del hombre en sucesivas revelaciones del mismo Dios.

Pero no era esta herejía que llamamos sabelianismo la que amenazaba dividir a la Iglesia de Alejandría en tiempo de Constantino, sino más bien otra contraria, que establecía una diferencia esencial entre el Padre y el Hijo, haciendo del Hijo una criatura engendrada por el Padre, y posterior al Padre, añadiendo que hubo un tiempo en que no existía el Hijo, y que el Hijo, como todas las criaturas, era susceptible de variación. Esta herejía se llamaba *arrianismo*, del nombre de su defensor Arrio, presbítero de la iglesia de Baukalis, en Alejandría. Defendía el dogma, contra la herejía de Arrio, otro presbítero de Alejandría lleno de fuego y pasión: Atanasio.

Fue Arrio hombre de moralidad irreprochable, alto, delgado, en cuyo aspecto exterior se advertían señales de la mortificación

Pintura bizantina del siglo XVI, procedente del monasterio de Iviron, en el monte Athos, que representa el concilio de Nicea. Este primer concilio ecuménico de la Iglesia, reunido en el palacio imperial de Nicea, fue apoyado en todo momento por Constantino, deseoso de guardar la unidad de aquella institución en la que se apoyaba su poder, y que dos sacerdotes alejandrinos estaban a punto de romper con discusiones teológicas.



Columna conmemorativa de Constantino en la ciudad de Estambul, sobre la que antiguamente se erigía una estatua del emperador.



y el ascetismo. Su voz era persuasiva. Tenía muchos partidarios en Alejandría, sobre todo entre el clero y gentes piadosas que se habían retirado del mundo para consagrarse a la oración. Arrio predicaba que hay un solo Dios, eterno e increado. Todo lo demás son sus criaturas, incluso el Verbo-Jesús. Como todas las demás criaturas, el Verbo fue creado de la nada. "El Verbo fue creado voluntariamente, no necesariamente; él, a su vez, es el creador de todas las otras cosas, y esto justifica el título de Dios. El Padre

adoptó al Verbo como hijo por sus méritos. Pero esta adopción no da al Verbo participación en la Divinidad, no le hace igual a la Divinidad: Dios no puede tener igual. El Espíritu Santo es la primera criatura creada por el Verbo y, en ese sentido, es inferior a Jesús..."

Hoy repugna escribir estos conceptos aun como simple exposición de un desatino teológico; pero en el Oriente del siglo IV, saturado de filosofía, eran posibles las más grandes aberraciones religiosas. Arrio, además, tenía un carácter radical y obstinado. Preguntado en un sínodo de los obispos egipcios si el Hijo hubiera podido cambiar del bien al mal, como hizo Satán, Arrio respondió con un sí rotundo. Naturalmente, después de tal blasfemia, fue expulsado de Alejandría y tuvo que refugiarse en Palestina, al lado de Eusebio de Cesarea, el futuro historiador de la Iglesia. Otro Eusebio, obispo de Nicomedia, demostraba también grandes simpatías por Arrio, circulando cartas en defensa suya entre los obispos orientales. Ambos Eusebios eran entonces las figuras más relevantes de las Iglesias del Asia; del de Cesarea nos quedan sus escritos, que hablan muy alto en su favor, y en cuanto al otro Eusebio, no hay que olvidar que Nicomedia era la capital del Oriente antes que Constantino transformase Bizancio en Constantinopla.

Arrio, por su parte, sintiéndose escudado por personajes tan importantes, había empezado a perder toda prudencia. Regresó a Alejandría para continuar su batalla teológica y allí escribió pequeños opúsculos, de carácter eminentemente popular, que eran leídos por los descargadores del puerto y los marineros como si se tratase de historias profanas.

Se han conservado algunos versos de uno de estos trataditos de Arrio, llamado *Talia*, que no tiene para nosotros más interés que el de hacer revivir este episodio lamentable de la historia de la Iglesia. La *Talia*, asómbrase el lector, empezaba así: "Según la fe del elegido por Dios, — que comprendía Dios. — Según la fe de sus santos hijos los ortodoxos, — que han recibido su Espíritu, — esto es, lo que yo he aprendido... — Yo, que he sufrido tanto — y de quien se habla tanto; — yo, que he recibido de Dios — la sabiduría y el conocimiento, etc."

Extraña que el público de los teatros y los muchachos por las calles de Alejandría vinieran a las manos cantando esto y discutiendo quién tenía razón, si Arrio o su obispo Alejandro. San Gregorio Nacianceno describe así los efectos tardíos de la querrela: "No se oyen más que discusiones acerca de este asunto en el mercado, la bolsa



y el muelle. Si preguntáis a un mercader cuánto quiere por su mercancía, os responde si creéis que el Hijo fue engendrado o no fue engendrado. El panadero os dice: El Hijo está subordinado al Padre. Y si mandáis al criado que os caliente el baño, replica que el Hijo fue creado de la nada...".

Así estaban las cosas cuando Constantino llegó al Oriente el año 323, tras su victoria sobre Licinio. Parece que el temor de que se repitiera en las Iglesias orientales un cisma peor que el de los donatistas africanos le preocupaba grandemente. He aquí sus propias palabras: "¡Ay de mí!, ¡qué herida me ha causado en el corazón el oír las querellas que os dividen, más odiosas aún que las que separan a las Iglesias del África!... Investigando la causa de estas discusiones, encontré que era un asunto enteramente des-

proporcionado a esta controversia; porque vos, obispo Alejandro, preguntáis a vuestros presbíteros lo que piensan acerca de un pasaje de la Escritura Santa, o sobre cuestiones tontas, y vos, Arrio, sin ningún respeto, lanzáis ideas que nunca debíais haber pensado o que, si las pensasteis, debíais haber callado..."

De manera que para Constantino, si el Hijo era creado o increado, si era igual o menor que el Padre, eran cuestiones tontas, que no debían pensarse ni discutirse. Resulta muy graciosa la ingenuidad de Constantino, pero es necesario tener en cuenta sus dificultades anteriores, así como su liviana instrucción teológica, para imaginarse cumplidamente cuál sería su estado de ánimo. Había luchado más de trece años para restaurar la monarquía universal, y ahora,

Restos de la llamada basilica de Constantino en el foro romano, edificio abovedado del siglo III iniciado por Majencio y terminado por Constantino, que le dio su nombre. Las tres altas bóvedas no son sino las naves transversales que sostenían la central, mucho mayor, ya desplomada en la actualidad.

Medalla con la efigie de Maximino Daja, augusto de Oriente tras la muerte de Galerio (Gabinete de Medallas, París). La reacción contra el período de tolerancia religiosa de Occidente estuvo personificada en Oriente por el propio augusto, que inició una campaña de sangrienta persecución. Pero Licinio le derrotó por las armas y se hizo dueño de Oriente.



cuando pensaba consolidar su autoridad valiéndose de la Iglesia como instrumento de gobierno, la encontraba destrozada por una querella teológica que resultaba para él incomprensible.

Por fin, después de haber enviado a Osio a Alejandría, sin ningún resultado, Constantino decidió convocar un concilio universal para el año 325. El sínodo debía reunirse en Nicea, principalmente para decidir sobre la disputa de Arrio. Es de suponer que fueran llamados todos los obispos de la cristiandad, pero del Occidente sólo consta que acudieron dos representantes del obispo de Roma, el obispo de Milán, el de Calabria, uno de Sicilia, otro francés y Osio, obispo de Córdoba. En cambio, del Oriente acudieron más de trescientos representantes. Allí estaban los dos Eusebios; Alejandro, con catorce obispos egipcios y cinco de la Libia, los patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, y hasta obispos del otro lado del Éufrates, de Persia y de Armenia. Algunos de ellos, que habían sobrevivido a las últimas persecuciones, llegaban a Nicea mutilados, cojos, marcados por terribles cicatrices o con los ojos vaciados por el hierro candente del verdugo. En cuanto al promotor de aquella disputa, Arrio, llegó acompañado de varios de sus amigos.

El emperador llegó a Nicea el 3 de julio y en seguida empezaron las sesiones. Eusebio de Cesarea, que probablemente presidió algunas de las sesiones, nos ha conservado en la *Historia de la Iglesia* su descripción como testigo ocular de la imponente escena. Constantino, a su llegada, cruzó la iglesia por en medio de los prelados, vistiendo su túnica púrpura, incrustada de piedras preciosas. "Parecía —dice Eusebio— un ángel de Dios." Todos los guardias y acompañantes de su séquito, armados, se habían quedado fuera del pórtico. Resulta de todo punto evidente que el emperador quería dar la impresión de que lo esperaba todo de la sabiduría de los reunidos y por obra del Espíritu Santo, sin ánimo de imponer su autoridad.

Constantino saludó a los obispos en un discurso en latín, que fue traducido por un intérprete; la mayoría de los reunidos hablaban sólo el griego y en esta lengua se mantuvo la discusión. El emperador, con ejemplar respeto, asistió a la mayoría de las sesiones, acaso confiando que su presencia obligaría a guardar la debida compostura

Cabeza de Constantino perteneciente quizás a una estatua del emperador colocada en su basílica de Roma (Museo Capitolino, Roma).

UN CRISTIANISMO DE COMBATE: TERTULIANO

Tertuliano constituye un nexo capital entre el cristianismo griego y el latino: gracias a él aparece por vez primera en el ámbito latino todo un mundo de controversias elaboradas durante el siglo II en el ámbito griego. Tertuliano dotará a la Iglesia africana, y a través de ella a toda la Iglesia latina, de un vocabulario litúrgico, teológico y ascético.

TRAYECTORIA ESPIRITUAL

Tertuliano nace hacia 160, hijo de un centurión: estudia derecho en Cartago y alcanza fama en Roma como jurista. Hacia 195 se convierte al cristianismo, influido por el testimonio de los mártires. Vuelve a Cartago, donde es encargado del catecumenado y ordenado sacerdote.

A partir de 200, se revela como un consumado polemista, exaltando al valor de los mártires y defendiendo el cristianismo contra las acusaciones de los paganos.

Sus defensas del cristianismo se tornan cada vez más agresivas contra el paganismo, avanzando hasta una condenación total de la cultura pagana y del cristianismo de tendencia platónica y helenizante.

207-211: Acercamiento al montanismo. Tertuliano es partidario de un cristianismo de combate, que se enfrenta al mundo pagano y no admite ninguna relación con él; arroja sin piedad fuera de la Iglesia a quienes no comparten su opinión.

Tertuliano lanza un desafío a Roma: se propone ridicularizar las consignas de la propaganda imperial, basada en la restauración de la familia y el patriotismo.

Exalta la virginidad como expresión de un cristianismo integral.

Invita a los soldados cristianos a la deserción.

Pese a la postura más moderada de los obispos, Tertuliano permanece fiel a su cristianismo apocalíptico, que opone sin distinción la Iglesia al Imperio.

El cristianismo no puede compartir la vida de la ciudad: prohíbe a los cristianos la participación en las manifestaciones de la vida colectiva, intenta imponer a las jóvenes que salgan siempre con velo y prohíbe a las mujeres que sigan la moda.

211: Ruptura con la Iglesia y ingreso definitivo en las filas del montanismo.

Exaltación del ideal del martirio, frente a los gnósticos y al episcopado, que aprueba la actitud de los cristianos que procuran no exponerse al martirio.

Incompatibilidad de la profesión del cristianismo con numerosas actividades, incluida la enseñanza de las letras.

Imposición de ayunos obligatorios los miércoles y viernes.

Frente al edicto del papa Calisto (217-222), que concede la penitencia a todas las faltas sin excepción, Tertuliano opone su teoría de los pecados irreversibles, como el adulterio, el homicidio y la apostasía.

Oposición a las segundas nupcias.

APORTACION AL CRISTIANISMO

Tertuliano es un jurista y como tal se muestra al argumentar en las polémicas, introduciendo así un elemento distinto de los que hallamos en apologetas y controversias griegas.

Emplea contra los gnósticos y contra todos los herejes en general una argumentación propiamente jurídica: el criterio de verdad es la autoridad de la Iglesia jerárquica, porque a ella le confió Cristo su mensaje, a ella le pertenecen originalmente las Escrituras y ella es heredera de los apóstoles.

Tertuliano introduce en la teología un vocabulario jurídico que será característico de la teología occidental, creando ya un foso entre ella y la teología oriental.

Dios, en sus relaciones con el hombre, es el legislador que establece su ley y el juez que la aplica. En la ley de Dios hay que distinguir preceptos y consejos. Surgen aquí unas categorías que serán incorporadas a la teología occidental.

En su argumentación contra los dioses paganos y las supersticiones, Tertuliano depende por completo de sus predecesores gregolatinos, quienes a su vez habían tomado sus argumentos de los filósofos griegos, pero no comparte su opinión de que el propio cristianismo sea una filosofía.

Tertuliano se enfrenta a la tendencia de los pensadores de su época, incluso los cristianos, que pretenden entender el cristianismo como una nueva filosofía, comparable a las filosofías griegas del pasado y mensurable por medio de los mismos criterios lógicos.

Los escritores latinos posteriores, por ejemplo, Arnobio, tratan de demostrar que la fe se encuentra en la base de todas las acciones y decisiones humanas lo mismo que de todas las filosofías.

Tertuliano distingue agudamente entre la fe de la religión cristiana y la filosofía como mera actitud racional, y considera que la superación de la fe sobre la razón estriba justamente en su carácter suprarrazional.

Con ello, Tertuliano prefigura ciertos desarrollos de la forma latina del cristianismo, distintos al llamamiento griego a la razón.

a quienes se mostraban divididos por odios y doctrinas las más opuestas. Por lo que sabemos de las deliberaciones, Arrio no trató de disimular sus errores, encubriéndolos con metafísicas ambigüedades; al contrario, parece que llevaba un escrito breve y claro donde estaba resumido todo su sistema. La indignación de los contrarios fue entonces tan violenta, que se dice que San Nicolás, obispo de Myra, dio a Arrio un puñetazo en la cara. Se cuenta que cuando sus enemigos preguntaron a Arrio si aceptaba que

"el Hijo es la Imagen del Padre, su Imagen eterna, indivisible e inalterable", Arrio contestó, repitiendo los textos bíblicos, que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, que en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.

Atanasio, otro testigo presencial del concilio, nos dice que con frecuencia los arrianos se daban ánimos unos a otros, haciéndose guiños y hablandose al oído.

Por fin se halló una palabra que sólo podía disgustar a los que pretendiesen con-



El arco de Constantino, en Roma, monumento colosal levantado aprovechando varias partes, sobre todo relieves, de otros arcos romanos existentes en la urbe. Pero su conjunto es una lograda composición arquitectónica.

Medalla de Constantino, agosto (Museo Nacional, Bélgica).



ciliar todas las opiniones. El Hijo es *homousios* o de la misma naturaleza (consustancial) con el Padre. Pero Arrio protestaba diciendo que la palabra *homousios* no se encuentra en las Sagradas Escrituras. Eusebio de Cesarea creyó haber salvado la situación proponiendo entonces que los reunidos aceptaran, como credo común, una fórmula que se venía empleando en su iglesia como símbolo de la fe para los catecúmenos, antes del bautismo. Pero la fórmula propuesta por Eusebio no fue aceptada, y los Padres, por imponente mayoría —sólo dos obispos se negaron a firmar—, aprobaron la siguiente redacción del símbolo niceno:

“Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas, visibles e invisibles; creo en un solo Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, esto es, engendrado de la esencia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Verdadero Dios del Verdadero Dios; engendrado, pero no creado, consustancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; quien por nosotros, hombres, y para nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó e hizo Hombre, sufrió y resucitó al tercer día, subió a los Cielos y volverá para juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo. Y a todos aquellos que digan: —Fue un tiem-

po en que el Hijo no existía; antes de ser engendrado no era; fue hecho de la nada o de cualquier otra sustancia; el Hijo de Dios es un ser creado, expuesto a cambios...— sea anatema”.

Este es el credo de Nicea, que resume la fe de la Iglesia católica. Mas la disputa no acabó en Nicea; el arrianismo volvió a renacer y, diluido y suavizado, acabó por separar la cristiandad en las dos Iglesias de Roma y Bizancio. Ambas se llaman a sí mismas ortodoxas; los católicos consideran cismáticos a los griegos, y éstos llaman cismáticos a los católicos. Aun hoy la diferencia entre las dos Iglesias estriba sobre todo en esta palabra: *consustancial*. Mientras la Iglesia romana insiste en el *homousios*, que quiere decir “de la misma naturaleza”, la Iglesia griega prefiere el *homousios*, que quiere decir “de semejante naturaleza”. Al parecer hay sólo una *i* de diferencia entre *homousios* y *homousios*, pero esta *i* cambia el sentido, introduciendo una reminiscencia de arrianismo que jamás admitirán los católicos romanos.

Con todo, en tiempo de Constantino se creyó que podía darse el asunto por terminado y, tras una fiesta de despedida, los obispos regresaron a sus diócesis. El concilio parecía haber logrado un éxito maravilloso. Los trescientos obispos anunciaron en su carta colectiva a toda la cristiandad que la herejía había sido extirpada de la Iglesia. Arrio, Eusebio de Nicomedia y unos pocos recalitrantes fueron desterrados. Arrio murió pronto en un monasterio del desierto de Egipto y no pudo ver la renovación del hondo conflicto que había promovido, pero Eusebio de Nicomedia, que se mantenía recalitrante, volvió a su obispado y acabó siendo el prelado de confianza de Constantino y el que le bautizó antes de morir. En una palabra, ocupó el puesto que por largos años había tenido Osio. ¿Por qué?

Acaso la caída de Osio fue debida a alguna protesta que no conocemos por la vida privada de Constantino.

Al año siguiente del concilio de Nicea se encontraba Constantino en Roma, y allí, en el palacio ruinoso de los césares, se perpetraron crímenes que llenaron de horror al mundo. El hijo primogénito de Constantino y de su primera esposa Minervina, llamado Crispo, fue arrestado y enviado a Pola, donde murió de modo sospechoso pocos días después. El hijo de Licinio, que también estaba en Roma, fue aún más sumariamente eliminado; y la segunda esposa de Constantino, Fausta, aún joven, madre de cuatro hijos todavía niños, moría sofocada en un baño caliente, y en este asesinato veía todo el mundo la mano imperial.

Semejantes crímenes debieron de pertur-

bar la mente de Constantino, porque se dice que hasta pidió a los sacerdotes de antiguos cultos paganos que le purificaran y que, habiéndose ellos negado, puso su confianza en un brujo llegado de España.

Esta leyenda indica, por lo menos, el concepto que de Constantino formaron algunos de sus contemporáneos. De lo que no queda duda es que, después de la muerte de Crispo y Fausta, el emperador trató de ocupar su mente con obras edilicias y construyendo grandes monumentos. Quedan aún en Roma monumentos de la época de Constantino, de tipo pagano. Además del arco triunfal, Constantino construyó o terminó la basílica que se llama hoy de Majencio, sobre el foro romano. Sus bóvedas rivalizan con las de las termas de Caracalla.

Acaso para evitar aquella Roma manchada con la sangre de su propia estirpe o quizá para sustituir la antigua Roma por una capital más cercana a la frontera del Éufrates, decidió crear una nueva capital en una península del Bósforo, donde había estado la colonia de Atenas llamada *Bizancio*. Al principio, Constantino pensó en llamarla *Nea-Roma*, o Nueva Roma, pero pronto tomó el nombre de *Constantinópolis*. El propio emperador trazó la línea de sus murallas, diciéndoles a sus consejeros que iba guiándose por un ángel que le señalaba, desde el cielo, el perímetro que debía tener la futura ciudad. Este plan se conservó durante toda la Edad Media.

Constantino, además de marcar el perímetro de las murallas, fijó las líneas princi-



Camafeo de Constantino, engarzado en las tapas del "Codex Aureus" (Biblioteca de Tréveris). Junto al emperador aparecen su esposa Fausta, hija del augusto Maximiano, y sus tres hijos.

pales de la urbanización interior. La calle mayor central —la Mesa— iba del Augústeo o plaza del Palacio hasta la puerta de Tracia, en el extremo occidental de la ciudad, donde después se construyó el palacio de las Blaquernas, con su imagen milagrosa. El resto de la ciudad, dividido en lotes para edificar, dice la leyenda que Constantino lo dio a pa-



Relieve de la fachada norte del arco de Constantino, en Roma, con dos medallones, bélico uno y religioso el otro, y debajo una escena que representa una alocución del emperador a los romanos.

trios romanos para que construyeran una mansión con tantas puertas y ventanas como la que tenían en la vieja Roma. La residencia de un senador llamado Taurus era famosa no sólo por el espacio que ocupaba con sus jardines, sino también por las estatuas griegas que había reunido, como un coleccionista moderno.

Constantinopla fue varias veces destruida por incendios, saqueos y terremotos, pero sus monumentos y vías más importantes permanecieron en los mismos lugares que les había señalado Constantino. Todavía hoy prestan servicio algunas de las cisternas del tiempo del fundador. Aunque muy quebrantada por el fuego y el agua, se mantiene en pie la columna de pórfido que sostenía la estatua del gran emperador, en la plaza principal, llamada *Augusteo*.

La residencia imperial, con su millar de dependencias, que se empleaban como habitación y para los servicios administrativos, se levantaba en la punta que da frente a la costa de Asia. Rodeado de una muralla y espárcido entre jardines, el "palacio" se parecía más a las residencias de los monarcas

orientales que a un monumento compacto, con su cuerpo central y sus alas para dependencias. Podríamos decir que no tenía fachada, pero la entrada principal se hallaba a un lado del *Augusteo*; enfrente, al otro lado de la plaza, se levantaba el gigantesco circo, donde la multitud privada de derechos políticos se expansionaba con el espectáculo de las carreras de caballos.

Las fiestas religiosas, con las solemnes ceremonias que se celebraban en las tres grandes iglesias erigidas por Constantino: Santa Sofía, Santa Irene y los Santos Apóstoles, contribuían también en gran manera a la distracción de los moradores de la nueva capital.

Además de esta empresa gigantesca de construir desde los cimientos una nueva capital, Constantino ordenó que se levantara nuevos edificios en las antiguas ciudades del Imperio. Roma vio cómo se edificaban templos espléndidos sobre las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo y de Santa Inés. En Jerusalén, el emperador ordenó la construcción de los edificios del Santo Sepulcro y la basílica de la Ascensión. En Belén se conser-

Mausoleo de la familia de Constantino en Roma, hecho en el siglo IV y transformado en el siglo XIII en iglesia de Santa Constanza, nombre de la hermana del emperador, cuyo sarcófago se encontró en el mausoleo.





Dos legionarios romanos custodiando a un bárbaro prisionero, detalle de la fachada sur del arco de Constantino, en Roma.

va aún casi intacta la basilica constantiniana erigida sobre el lugar donde estaba el-portal del Pesebre.

Los cristianos, por su parte, libres ya de la pesadilla que habían significado las persecuciones, edificaron por todas partes infinidad de templos dedicados a sus santos mártires y confesores.

Como ya hemos dicho, si no es absolutamente exacto que la nueva fase de la historia

de la humanidad, la Edad Media, empezara con Diocleciano, lo que sí resulta cierto es que bajo Constantino, y por obra suya, el Imperio romano se transformó decididamente en aquella monarquía universal y cristiana que luego (precisamente porque no se había borrado por completo el recuerdo del antiguo Imperio) había de ser el ideal que alentaría durante todo el período medieval de la historia europea.

BIBLIOGRAFIA

Bardy, G.	<i>Histoire de l'Eglise</i> , vol. III de la obra dirigida por A. Fliche y V. Martin, París, 1966.
Brehier, E.	<i>La philosophie de Plotin</i> , París, 1928.
Brezzi, P.	<i>Cristianesimo e impero romano sino alla morte di Costantino</i> , Roma, 1944 (2.ª ed.).
Cochrane, N.	<i>Cristianismo y cultura clásica</i> , México, 1949.
Danielou, J., y Marrou, H. I.	<i>Nouvelle histoire de l'Eglise. I. Des origines à Grégoire le Grand</i> , París, 1965.
Doresse, J.	<i>Les livres secrets des gnostiques d'Egypte</i> , París, 1958.
Farina, R.	<i>L'impero e l'imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea</i> , Zurich, 1958.
Hubert, J.	<i>Manual de la Historia de la Iglesia</i> , Barcelona, 1966.
Kasser, R.	<i>L'évangeli selon Thomas</i> , Neuchâtel, 1961.
Mazzarino, S.	<i>Aspetti sociali del IV secolo</i> , Roma, 1951.
Ortiz de Urbina, I.	<i>Nicea y Constantinopla</i> , Vitoria, 1969.
Paribeni, R.	<i>Da Diocleziano alla caduta dell'impero d'Occidente</i> , tomo VIII de "Storia di Roma", Bolonia, 1941.
Peterson, E.	<i>El monoteísmo como problema político</i> , en "Tratados teológicos", Madrid, 1966.
Seston, W.	<i>Dioclétien et la tétrarchie. I. Guerres et réformes (284-300)</i> , París, 1946.
Vogt, J.	<i>Constantin der Grosse und sein Jahrhundert</i> , Munich, 1960 (2.ª ed.).



Moneda de la emperatriz Elena, madre de Constantino (Gabinete de Medallas, París). Repudiada por Constancio Cloro por conveniencias políticas, al llegar su hijo al trono la elevó al rango de augusta. Sin duda se ha exagerado la influencia que tuvo en el ánimo de su hijo para aceptar a los cristianos y la importancia de sus actividades religiosas.